

Conflicto armado y alternativas de paz

*William Restrepo Riaza**

La escalada de la confrontación armada entre el ejército y la guerrilla se desarrolla en un contexto confuso y negativo respecto del ideal de la construcción de la paz. En esta confrontación, que se degrada cada vez más como es propio en una guerra irregular, se involucra a la sociedad y no se señalan unos mínimos parámetros para excluir a la población civil del conflicto armado. Adicionalmente, se ha ido agregando otro elemento que está incidiendo en la agudización de la crisis: la desvalorización, o mejor, la poca credibilidad que genera el simbolismo de la paz.

En este contexto, la posibilidad de alcanzar la paz debe ser entendida como una construcción, como un proceso, sobre todo en la sociedad, para que no se cree la falsa expectativa de su inmediato logro. De lo contrario se corre el riesgo de caer en el viejo círculo vicioso de un voluntarismo, más formal que real, que sirve de base a la improvisación y, de acuerdo con los resultados conocidos, a la irresponsabilidad. Los avances, los retrocesos y los estancamientos en

*Director
Instituto de
Estudios
Políticos.
Universidad
de Antioquia

la búsqueda de la paz reflejan, paradójicamente, el mismo recrudecimiento circular de las conductas bélicas entre las partes.

I. La confrontación militar hoy

Diferentes factores expresan la agudización del conflicto y de la violencia en el país. Tal vez el más importante es el enquistamiento de la confrontación armada en la estructura y en la dinámica política del país, gracias al poder e influencia expansiva que ejercen la guerrilla y el paramilitarismo en la dinámica de los espacios regionales y locales.

La confrontación entre guerrilla y Estado está atravesando por un período de expansión, profundización y radicalización, aunque ello pueda pasar inadvertido o equívocamente evaluado por sus observadores, quienes destacan que ninguna de las partes ejerce un dominio sobre la otra, aunque se reconozca el crecimiento y el fortalecimiento del movimiento guerrillero.

La presencia guerrillera en la casi totalidad del espacio nacional se explica por su decisión estratégica de aprovechar el proceso de descentralización política y administrativa y, al mismo tiempo, por la débil y en algunos casos total ausencia del Estado en las zonas marginadas del país, lo que le ha permitido adquirir gran protagonismo en estos espacios. Además, y en relación con el innegable proceso de transformación en su estructura, dinámica y objetivos, la insurgencia sigue desarrollando estrategias claras de lucha militar que han facilitado la ampliación de su presencia y, en algunas circunstancias, el copamiento de espacios geofísicos que antes habían sido ocupados por el sistema político tradicional y por el Estado.

En el fortalecimiento de la guerrilla también incide su articulación, de ninguna manera estática, estable, sistemática o general, a la *economía marginal de las drogas y el fenómeno del narcotráfico*. La guerrilla se ha integrado social, económica, política y militarmente a zonas históricamente marginadas del contexto económico y socio estatal del país, donde predominan los cultivos ilícitos. En estos ámbitos, con su quehacer cotidiano, ha participado de las peripecias

propias del fenómeno del colonato y se ha constituido en un poder reconocido por la sociedad.

De otro lado, en el conflicto surge otro actor armado: el paramilitarismo, que se afianza militarmente y logra desarrollar una capacidad de ataque y de amedrentamiento contra la guerrilla y contra la población civil. El fenómeno del paramilitarismo es multifacético desde su origen y comprende desde la defensa de los intereses de los grandes propietarios tradicionales, pasando por las demandas de las autodefensas campesinas, hasta las acciones de grupos armados al servicio del narcotráfico.

Todas éstas son formas particulares de expresión de un fenómeno cuya trascendencia en el plano social, económico, político y militar hace todavía mucho más compleja la lucha irregular, profunda y degradada que se desarrolla en nuestro país. La complejidad de la situación actual se acentúa entonces por la expansión de este fenómeno, cuyo surgimiento se puede explicar causalmente como una respuesta a la existencia, a la expansión y al fortalecimiento de la misma guerrilla.

Desde el punto de vista institucional, lo más preocupante es que algunos de estos grupos han ganado amplio respaldo de la población en algunas regiones y en otras se han consolidado de tal manera que también actúan como redes de poder que imponen por [...] encima del Estado sus propias reglas de juego a los habitantes del lugar, de manera similar a como lo hace la guerrilla en sus zonas de control.¹

Guerrilla y paramilitarismo, a pesar de sus esenciales diferencias de principios, objetivos e ideologías, son dos fenómenos paralelos, que se alimentan el uno del otro hasta el punto de que en la actualidad una eventual propuesta de paz debe considerar el papel que cada uno de

1 Alfredo Rangel Suárez. "Estado actual del conflicto armado en Colombia". Ponencia presentada en el Seminario - Taller *El Estado del conflicto político armado y su solución negociada*. Melgar, Oficina del Alto Comisionado para la Paz, noviembre de 1996. p 9.

ellos debe jugar en la mesa de negociaciones. Debe contemplarse, así mismo, que mientras la guerrilla no acepta el diálogo con los paramilitares, éstos reclaman una categorización formal, política y jurídica idéntica a la que se le otorgue a aquélla, es decir, que reclaman el derecho a ser considerados como un actor político armado. Aquí, aparece un nudo complejo para avanzar en la construcción de la paz.

La agudización del conflicto y de la violencia se expresa, igualmente, en el orden institucional. Existe una contradicción institucional interna que se manifiesta, de un lado, en la ausencia de una política general del Estado frente a la guerrilla y más globalmente frente al conflicto, y del otro, en la relación entre el gobierno, símbolo de la unidad nacional, y el Ejército, uno de sus instrumentos básicos de poder.

La ausencia de una política de Estado en relación con el conflicto armado explica el inmediatez y el carácter remedial y casuístico que adopta el gobierno para enfrentar el problema. El Estado no ha definido una posición unitaria frente a este problema, lo que ha facilitado su agudización, pues no hay una concepción del conflicto general, de los elementos que lo dinamizan y de los factores de concreción particular. Tampoco existe una dirección civil en su tratamiento, lo cual se manifiesta precisamente en los caminos diferentes y, muchas veces contradictorios, que asume o intenta asumir el gobierno y la acción concreta de las Fuerzas Armadas.

La relación entre Gobierno y Ejército no se da tal como se concibe teóricamente, es decir, a través de una efectiva subordinación del poder militar al poder civil. En Colombia, asume la forma de una *unidad desequilibrada*, que es contradictoria en sí misma y en la cual no hay una plena autoridad del Presidente con respecto de la jerarquía militar. Esto explica la ambigüedad del Estado, como unidad, frente a fenómenos como el paramilitarismo. Así mismo, no existe una política clara frente a la guerrilla. Mientras el Gobierno reconoce a la insurgencia como un interlocutor político, el Ejército -representado por sus altos mandos-, le niega tal condición. Paradójicamente, el Ejército,

un actor fundamental del conflicto, que se "alimenta" y que adquiere su fuerza de representación y aún de legitimación en el conflicto armado, niega la condición de su enemigo, la guerrilla. Vive pues de una guerra contra el que no reconoce y, lo que es más paradójico, niega la existencia (legal y política) de un contrario, tan real como él mismo y como la guerra que ambos desarrollan.

Finalmente, en la sociedad también surgen factores que expresan el nivel y la complejidad del fenómeno de la violencia y del conflicto armado. Ante la ausencia de una política estatal para resolver el conflicto armado, diversos sectores de la sociedad reclaman del Estado un endurecimiento de su posición con respecto de la guerrilla, lo cual tiende a la radicalización del conflicto.

En efecto, el consejo gremial nacional ha reclamado por primera vez una estrategia integral para confrontar el reto guerrillero y ha propuesto que el Estado y la sociedad deben retomar la iniciativa política y militar, y dejar de esperar que la guerrilla se cansa de hacer la guerra y se decida a negociar. Por su parte, varios candidatos presidenciales en un reciente foro gremial también hicieron llamados a mejorar la efectividad de la acción militar y poco o nada insistieron en buscar un diálogo inmediato para resolver el conflicto. Estos hechos harían predecir que, por primera vez en mucho tiempo, el tema de la confrontación prevalecerá sobre el del diálogo para la paz, como temas de campaña electoral presidencial.²

La población, aquella teóricamente definida como población civil, que se asume como neutral respecto de los actores del conflicto, es introducida por la fuerza en la confrontación, como un objeto de cooptación ideológica y como un instrumento para realizar tareas de inteligencia y de apoyo logístico. En este sentido, hace parte de la guerra, ya no como víctima sino como un actor "pasivo" que realiza tareas para los diferentes actores armados.

Como consecuencia de la lógica propia que asume la violencia, en la sociedad se ha introyectado un referente guerrero y militar de

2 *Ibid.* p. 8.

profunda representación simbólica. En el sujeto civil se ha ido construyendo un imaginario del poder con base en la utilización de la fuerza que se ha desarrollado hasta llegar a la utilización indiscriminada de las armas, casi como una forma de realización personal o, desde otra perspectiva, como un instrumento individual para buscar los equilibrios que no ha logrado el Estado.

Desde el punto de vista de la confrontación y el conflicto cotidiano que se vive en el país, los individuos asumen la fuerza como un instrumento básico para la vida y/o la supervivencia. En el primer caso, la confrontación adquiere un objetivo que parece ser bien claro: la obtención, por medio de la fuerza, de beneficios sociales y económicos. En el segundo caso, adquiere un carácter defensivo, es decir, aparece como un mecanismo de defensa para el hombre común frente a las múltiples agresiones procedentes del entorno social.

Todos estos factores, en alguna medida, expresan la complejidad del conflicto armado y del fenómeno de la violencia y son, al mismo tiempo, los que introducen un alto grado de dificultad en su proceso de resolución por la vía del diálogo y la concertación.

II. La problemática de la búsqueda de la paz

Sumido el país en una profunda agudización del conflicto armado, parece necesario reunir esfuerzos y compromisos, y dirigirlos a la construcción de un proceso comunicativo, con el propósito simultáneo de hacer público y ciudadano algo que hasta ahora, por paradójico que parezca, ha sido privatizado y marginado del contexto nacional.

La tendencia dominante hasta hoy, desde el punto de vista de la realidad y desde el punto de vista académico, ha sido el afán sobredeterminante por la comprensión explicativa del fenómeno de la violencia y de la guerra en sus distintas y complejas realidades. Así como el país ha estado definido en los últimos tiempos por la crisis y la violencia general, expresada en el símbolo determinante de la confrontación armada, de la misma manera se ha generado una

reflexión académica especial en la que la confrontación, la violencia y la guerra son objetos explicativos centrales.

En la actualidad, fenómenos como los mencionados -la agudización del conflicto armado, la expansión cuantitativa y cualitativa de la guerrilla, el aumento de su presión militar sobre el Estado y la misma sociedad, el auge del paramilitarismo, la creación de unas formas complejas de conflicto colonizador (fundamentado esta vez en la relación múltiple narcotráfico-paramilitares-guerrilla-colono-propietarios) y la conversión de prácticamente todo el país en un espacio geopolítico de aguda confrontación militar-, plantean entonces una exigencia ética y política de dimensión histórica: la transformación intencional del esfuerzo explicativo de la guerra por la preocupación comprensiva, funcional y constructiva de la paz, como una alternativa histórica para la solución del conflicto que nos absorbe y nos domina en el presente.

Es importante reconocer el peso y la trascendencia de una salida negociada al conflicto. Esta salida contempla múltiples alternativas, expresadas en opciones y modelos teóricos que consideran, con diversos enfoques, la problemática diversa del conflicto y el papel igualmente complejo de la negociación.

Los problemas que parecen absolutamente pertinentes en la actualidad, no sólo desde el punto de vista teórico sino práctico, hacen referencia, entre otros, a dos tipos de asuntos: a las posibilidades reales de solución del conflicto y a los aspectos instrumentales, procedimentales y logísticos que se refieren al ideal punto óptimo de preparación para una eventual iniciación de conversaciones por y para la paz.

Complementariamente surgen elementos que apenas ahora adquieren la trascendencia que se merecen. La internacionalización del conflicto, que implicaría la utilización de mecanismos institucionales y políticos de carácter internacional para el desarrollo de alternativas para la solución del problema. El asunto de la centralización de la problemática de la guerra y la paz en el Ejecutivo o su descentralización, es decir, la regionalización de la problemática atendiendo a la

diversidad de dinámicas espaciales del país. El asunto de los derechos humanos y la aplicación del derecho internacional humanitario, sobre todo por la tendencia de los actores armados a involucrar a la población civil en el conflicto armado. La introducción de mecanismos participatorios que permitan la acción y el compromiso ciudadano frente a este asunto que ha sido manejado de manera excluyente por el propio Estado. Finalmente, la necesidad de trascender cualitativamente la forma de manejar el asunto de la paz mediante la formulación de una política general y constante del Estado, tal como ha sido anunciada por el recientemente nombrado Ministro de Defensa.

4

III. Las tendencias acerca de la solución del conflicto armado

La problemática de la paz ha sido visualizada de manera sintética desde dos posturas. En primer lugar, la representada por aquéllos que consideran que las condiciones de profundización y de degradación de la guerra hacen posible construir alternativas de solución al conflicto, dado que su “madurez” posibilita la iniciación del proceso de diálogo y negociación. La solución negociada se mira, por lo menos desde una perspectiva teórica, como una opción gananciosa para las partes en conflicto debido a la polarización de las partes y a su incapacidad para conseguir el triunfo de sus objetivos, a costa de los del enemigo.

En segundo lugar, la representada por aquellas posiciones que sostienen que el estado de degradación de la guerra ha alejado a las partes y que los complejos factores de índole social, político y aún jurídico que le sirven de entorno, limitan la posibilidad de encontrar salidas civilizadas, es decir, salidas políticas y negociadas al conflicto.

Dentro de la primera tesis se podría hacer referencia a un modelo de reconocida trayectoria, que implica la participación estratégica de terceros, quienes ejercerían una eventual mediación e intermediación

en la solución del conflicto armado³. Esta alternativa se ubica, desde luego, en la teoría costo - beneficio, es decir, en la evaluación por parte de los sectores en conflicto de las circunstancias, de las condiciones y de las posibilidades para sacar una mayor utilidad del proceso de negociación, incluido el triunfo en la confrontación.

Uno de los puntos de partida del modelo propuesto es el reconocimiento de que los actores en conflicto no aceptan fácilmente la intervención de terceros como árbitros y mucho menos su posible poder para decidir sobre el potencial resultado de la disputa. Por tanto, el mecanismo de intervención de terceros debe tener un carácter de "no obligatoriedad y de no coactividad" con respecto a las partes, las cuales mantiene el control en relación con los resultados que se buscan. No obstante, debe reconocerse la importancia de la acción participativa de los terceros como reguladores en la disputa.

Desde el punto de vista teórico, en este modelo se consideran cinco formas básicas de participación de los terceros: la participación en la transformación del entorno, las acciones de comunicación y conciliación, la acción para construir consensos internos (pre negociación), la participación en el desarrollo de la agenda y la participación en la materialización de los acuerdos.

A. Sobre la transformación del entorno

Para tomar la decisión de solicitar ayuda de terceros, se asume que las partes calculan *la utilidad* que les reportaría tal decisión, a partir de la comparación entre los costos -beneficios de las posibilidades de triunfar dentro de la confrontación y/o los resultados idealmente

3 Este modelo es presentado y criticado en: Pedro Valenzuela G. "Algunas consideraciones procedimentales para las negociaciones con la insurgencia". Ponencia presentada en el Seminario - Taller *Lo nacional y lo regional frente a la problemática de la guerra y la paz*. Recinto de Quirama (Rionegro-Antioquia). Oficina del Alto Comisionado para la Paz - Instituto de Estudios Políticos. Universidad de Antioquia, marzo de 1997.

obtenidos a través de los posibles acuerdos. Así pues, teóricamente, la decisión se tomaría con base en el supuesto del mayor beneficio previsto. El momento para tomar tal decisión se daría, entonces, cuando se considere que el conflicto está "maduro", es decir, cuando los actores se convencen que se encuentran en lo que se denomina un *impasse* doloroso -sin salida dolorosa-.

Las características estructurales del conflicto, son esenciales para entender las posibilidades de resolución de los conflictos violentos y por ende la efectividad de la mediación. La mediación es más efectiva cuando se produce en un momento en que las partes se encuentran en una "sin salida que les duela", es decir una situación en la que se sienten incómodas con la situación y consideran la posibilidad de abandonar los métodos violentos para lograr sus objetivos, en el entendido de que la negociación les permitirá un logro al menos parcial de los mismos.⁴

A ese *impasse* no se llega a través de la evaluación de problemas de poder o de capacidad militar, sino por la presencia de otros factores como: la capacidad para ofrecer recompensas materiales o psicológicas; el grado de legitimidad, autoridad o carisma; la disponibilidad de recursos para continuar el conflicto; las percepciones prevalecientes de las políticas, de los valores de los actores y del entorno doméstico e internacional.

En estas circunstancias, cuando se considera que el conflicto está maduro,

El intermediario también podría contribuir a remover las barreras psicológicas a nivel individual y colectivo que se presentan después de la escalada del conflicto y les impiden a los actores contemplar la alternativa de una salida negociada: el endurecimiento de las posiciones, la deshumanización del adversario, la consolidación de estereotipos, la polarización, la tendencia a culpar al adversario por la controversia creciente, la necesidad de castigar al adversario y no solo derrotarlo, la ruptura de los canales de comunicación, el temor a mostrar "debilidad" y la percepción de que el conflicto es de suma cero.⁵

4 *Ibid.* p. 5

5 *Ibid.* p. 8

Se asume que la variación de estas tendencias repercute en el grado de madurez del conflicto, puesto que afecta la percepción de los actores sobre las diferentes alternativas. Se considera, entonces, que la deslegitimación es una forma importante de alterar los cálculos de los actores, así como el rechazo a la acción armada contra la población civil, la violación de derechos humanos y del derecho internacional humanitario o el respeto por la utilización de la figura de la neutralidad.

El peso del modelo propuesto, aplicado al conflicto político militar en Colombia, se centra, indudablemente, en lo que se denomina la "participación en la transformación del entorno". Las demás alternativas o etapas de participación de terceros, serían consecuencias instrumentales y desde luego funcionales del complejo problema a resolver en una eventual etapa de transformación del entorno.

En Colombia, la complejidad del conflicto, su peso cuantitativo y cualitativo y las cambiantes, independientes y múltiples variables de éste -variables de difícil manejo y poco control-, restan oportunidades a la posible participación de terceros dentro del esquema y las condiciones propuestas. Este instrumento, no obstante, podría integrarse al proceso de solución del conflicto por un camino diferente al propuesto.

Sin embargo, pese a las bondades de la mediación asertiva, la selección de estrategia no depende exclusivamente de la forma como el mediador conciba su rol, sino que también depende en gran medida de las circunstancias concretas de la disputa. Como argumenta Bercovitch, en última instancia, "lo que los mediadores pueden hacer, hacen o se les permite hacer en sus esfuerzos por manejar una disputa puede depender, hasta cierto punto, de quiénes son y qué recursos y competencias tienen. Sin embargo, esto depende de quiénes sean las partes, del contexto de su conflicto y de la naturaleza de su interacción."⁶

En las condiciones actuales, el peso de factores como el poder militar, económico y político, no debe dejarse a un lado para examinar

6 *Ibid.* p. 3

la condición de madurez -*impasse* doloroso- del conflicto. Sin embargo, el peso de otros factores que teóricamente propone el modelo, serían en la práctica mucho menos controlables y más volátiles, incluyendo los asuntos de la legitimidad, del derecho internacional humanitario y de los derechos humanos (que tienen una importante vigencia en el conflicto actual). Éstos, en términos objetivos, no parecen tener tanta incidencia real como para afectar a los actores respecto a una potencial toma de una decisión de costo-beneficios en favor de la participación de los terceros.

→ Es más, el principio costo - beneficio, aplicado al axioma de la madurez del conflicto colombiano, tal vez no puedan emplearlo las partes, pues ellas tienen una percepción diferente de la situación del conflicto y de sus posibilidades de lograr un triunfo militar. Es decir, el análisis del conflicto actual, caracterizado por su radicalización, por su profundización y por su expansión, hace pertinente la pregunta sobre si las partes (aplicando el modelo) estén dispuestas a dar validez al análisis costo-beneficio en favor de una salida negociada.

Frente a las intenciones de la guerrilla de agudizar la confrontación en el mediano plazo, es preciso insistir en que el Estado y la sociedad deben asumir el reto de cambiarle a la insurgencia la percepción positiva y optimista que ella tiene del conflicto y que le impide abocar una negociación seria de paz. En efecto, mientras la guerrilla perciba que puede seguir acumulando fuerza política y militar, y expandiendo su presencia y su dominio territorial, estimará que es mejor opción continuar el conflicto que terminarlo, pues estima, no sin razón, que entre más poder acumulado lleve a la mesa de negociaciones mayor será lo que se negocie y mejores los resultados.⁷

De otro lado, el modelo privilegia la participación de terceros en una decisión construida desde adentro, por los actores del conflicto y sin carácter definitivo. Por eso, la realidad compleja que actúa sobre el principio teórico del análisis costo - beneficio, parecería hoy

7 Alfredo Rangel Suárez. *Op. Cit.* p. 17

favorecer la posibilidad de continuar la confrontación y tal vez de "utilizar" las demás figuras estratégicamente. Esto sobre la base de:

- Un supuesto o real poder de las partes (precisamente militar, político y económico), cuyo ejercicio no contempla el valor y contrapeso teórico de la legitimidad y el respeto del derecho internacional humanitario y los derechos humanos, por ejemplo.

- La existencia, en el plano estructural del conflicto, de complejas variables, con tendencias y dinámicas no controlables que hacen difícil su ubicación y su valoración en la dirección propuesta por el modelo.

- La simultaneidad de una percepción radicalmente diferente de los espacios y de los tiempos por parte de los actores. El tiempo es más lento, yo diría que no corre en el caso de la guerrilla, como se puede verificar, por ejemplo, en el proceso de negociación para la entrega de los soldados retenidos en Las Delicias. El espacio, por su parte, no es homogéneo y varía la percepción de los actores según su presencia y legitimidad en las unidades regionales y locales de ocupación, de influencia y de usufructo. Existen zonas donde la guerrilla está cultural, mental y materialmente articulada a la población, lo que incide en un mayor reconocimiento social de su autoridad en comparación con el que recibe el Estado.

- Las implicaciones de la transformación generacional, desde el punto de vista humano, que se evidencian en el hecho de que la guerra se ha convertido, en estos espacios, en un *modus vivendi*. Las nuevas generaciones, de manera forzada o voluntaria, se sienten presionadas por la compleja realidad y adoptan el camino de las armas, aún por la vía mercenaria. Lo más grave es que esto se da en la guerrilla y en el paramilitarismo.

Así pues, éstos son obstáculos objetivos y determinantes no sólo para la implementación del modelo propuesto (transformación del entorno) sino para la resolución del conflicto armado en Colombia.

En relación con la posibilidad de que terceros tomen parte en otras actividades tales como a) acciones de comunicación y concilia-

ción; b) acciones para la construcción de consensos internos; c) participación en el desarrollo de la agenda y en la materialización de los acuerdos, debe considerarse que ellas están determinadas por el éxito o los resultados de la fase inicial. Es decir, si todas las acciones participatorias, consecuencias-resultados, del complejo punto de arranque llamado aquí cambios del entorno, tienen perfecta consistencia y validez. En caso de que así sea, estas alternativas siguen siendo instrumentales y supeditadas al peso estratégico que las partes les otorgan.

Esta propuesta teórica y metodológica, como herramienta para una solución negociada del conflicto, debe considerar también el problema de los destiempos y los desencuentros. Mientras la confrontación llega a extremos insospechados y de descomposición anómica, dando la impresión de la imposibilidad de la superación racional y civilizada del conflicto, al mismo tiempo, la concreción de concepciones estratégicas para la paz se encuentra, prácticamente, en una fase inicial. La realidad, la dura realidad, es que apenas estamos pensando o reflexionando sobre cómo empezamos a sopesar la magnitud histórica y cultural de la confrontación fratricida.

IV. A modo de conclusión

Las opciones y los modelos teóricos no pueden ser asumidos de manera rígida, mecánica y general, sino que deben ser entendidos como productos de la misma construcción de la paz y sometidos a su fortalecimiento en el marco del conflicto mismo. Estos modelos, adicionalmente, resultan insuficientes para resolver problemas estructurales y tienen un carácter instrumental, limitado y opcional en la negociación, hechos que deben ser tenidos en cuenta por la sociedad para evitar el riesgo de crear falsas expectativas acerca de su participación en la resolución del conflicto armado.

Desde una visión estructural del conflicto político militar, podría decirse que hay factores de transformación -en lo que el modelo denomina el entorno-, que podrían considerarse básicos para el

despegue y la construcción de una solución del conflicto armado. Sin embargo, se necesitan transformaciones que trasciendan la adopción y utilización de eventuales métodos y estrategias de negociación. En primer lugar, se necesita un mayor compromiso ciudadano con el asunto de la paz. El proceso debe estar enriquecido por la construcción de una participación ciudadana, no considerada en abstracto, sino llevada a la práctica a través de mecanismos concretos y por la acción de aquellos grupos de interés que lideren el proceso y ejerzan una presión positiva sobre las partes en conflicto.

En segundo lugar, es necesario un cambio en la institución militar, para que asuma una concepción diferente del conflicto. Esta no podría ser una condición posterior o un producto del proceso de negociación, sino que debe ser una condición de principio. Sin los militares no hay negociación, no hay solución, no hay paz. Este cambio plantea modificaciones en las relaciones gobierno-ejército y ejército-guerrilla, básicas para el despegue de un proceso que, en el modelo comentado, tendría que ver con la transformación del entorno.

Igualmente, debe plantearse el reconocimiento y el respeto de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario por parte de los diferentes actores armados. En este sentido, deben encontrarse mecanismos que permitan la real exclusión de la población civil del conflicto armado para que se respete una neutralidad que hasta ahora, ha sido violada por el ejército, la guerrilla y los paramilitares .

Pero además, en el contexto estructural del conflicto, vale la pena tener en cuenta que el problema de la introyección de la violencia requiere soluciones en la larga duración, que desbordan el ámbito de acción inmediata del modelo de negociación aplicado o adoptado. Sólo así podría salirse de ese proceso envolvente y global de violencia y construir un orden social que involucre a los individuos como importantes gestores de la paz.